

MADRID.—Un mes, 8 rs.—Un trimestre, 22.—
Seis meses, 42.
PROVINCIALES.—Tres meses, 28 rs.—Seis, 54.
EXTRANJERO.—Tres meses, 60 rs.—Seis, 110.
HABANA.—Un año, 15 pías; semestre, 8, y tri-
mestre, 4'25.
Los pedidos de provincias han de hacerse direc-
tamente a la Administración de Madrid, con re-
misa de su importe en libranzas o sellos de fran-
queo.

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO.



MADRID.—Redaccion y Administracion, calle
de San Gregorio, 23 y 25, principal, y en las li-
brerías de la Victoria, pasaje de Mathieu, Durán
Legado Lopez, San Martin, Universal, Baylli
Bailliere.
BARCELONA.—Almacén de papel de D. José Ar-
rufat Sabradell.
HABANA.—Tánago y Villa, Habana, 126.
Se admiten anuncios y comunicados a precios
convencionales.

Segunda serie.—Num. 278.

MADRID.

Lunes 3 de Abril 1871.

CARTA DE PARIS.

Paris 30 de Marzo de 1871.

«Señor Director de LA INTEGRIDAD NACIONAL.

No pensaba escribir a Vds. hoy; pero en vista de los acontecimientos que se preparan creo un deber hacerlo. La lectura del periódico oficial de *La Commune*, que ha pasado de la legalidad al derecho por el voto popular, mostrará a Vds. hasta que punto puede rayar el desenfreno de las pasiones políticas y hasta donde ha descendido el nivel moral del pueblo francés, cuando no se revela contra la apología del regicidio y de las doctrinas que sustentan el órgano de los hombres que se nos da. La prensa moderada protesta unánime contra este nuevo escándalo; pero los pocos que leemos esta clase de periódicos en París, nada podemos y los esfuerzos de los hombres de orden naufragan en el torrente de la muchedumbre que nos inunda.

No es esta hora de discutir en la prensa ni en la tribuna los acontecimientos deplorables de que somos víctimas y testigos. El estado miserable a que hemos descendido oprimidos por la fuerza brutal, no puede remedarse sino por la violencia, oponiendo una fuerza equivalente, cualquiera que sea su origen y venga de donde quiera. Sólo así podremos salvarnos. En medio de esta angustia, vemos con satisfacción que las noticias de las provincias son favorables a la causa del orden, y que los conatos de rebelión en Saint-Etienne, Lyon, Creuzot, Tolosa, Marsella y el Havre han sido sofocados, así que no nos engaña el gobierno de Versalles.

Mientras tanto las elecciones municipales se verificaron el día 23 como anunciábamos, y el 28 se celebró la ceremonia de la proclamación en el Hotel de Ville.

Aunque hemos visto los preparativos de la plaza, el estrado que se ha construido para recibir los miembros de la *Commune*; la bandera roja, cosa que se ha velado el bajo relieve de Jean Goujon que representa la estatua de Enrique IV, y la estatua de la república colocada a su frente sobre la puerta principal del Hotel de Ville, anegada entre banderas rojas; no hemos presenciado la ceremonia ni conocido los detalles sino por los periódicos oficiales de la *Commune*.

Al leer estos periódicos y el entusiasmo y la satisfacción que rebosa en los colaboradores de Pascal Grouzet y de Jules Vallés, ambos miembros electos de la *Commune* y directores de *Cri du peuple* y de la *nouvelle république*, se nos figura leer un artículo de *La Liberté* dando cuenta de ceremonias parecidas después de la revolución de Setiembre, en las que figuraba en primera línea el señor Sagasta.

Las mismas frases, el mismo tono y la misma espansión se nota en la descripción.

El entusiasmo, dice el compadre de Grouzet, es indescriptible. El gozo está en los corazones de todos y pintado en los semblantes.

«¡Abajo los traidores! grita con entusiasmo el pueblo soberano, y la benemérita ¡Viva la *Commune*! Un sol de primavera brilla sobre doscientas mil bayonetas republicanas y una salva de 25 cañonazos se ha tirado en los muelles a la entrada del puente de Arcole. El viento lleva el ruido hacia Versalles como desafiando a la Asamblea nacional.

Cuando después de proclamados los nombres de los elegidos, los ciudadanos Assi y Lavalette han pronunciado cada uno su discurso alusivo a la situación, estos discursos han sido acogidos por un *tonnerre d'applaudissements*, concluye el periódico citado.

Tenemos, pues, dos gobiernos, emanados uno y otro de esta arma de dos filos que se llama el sufragio universal, igualmente legales uno que otro, siempre que las atribuciones de *La Commune* se limiten a ser, como se ha escrito en el programa, *La Ville libre dans l'Etat libre*.

Dan apoyo a este nuevo orden de cosas *Le Siecle* y *L'avenir National* en la prensa, y en la Asamblea nacional los diputados de la *gauche*, siempre que *La Commune* de París se limite al gobierno de la capital, lo que no

es nada probable según el espíritu que domina entre los revolucionarios.

Pero aún cuando así fuera, la escisión de París no puede ser admitida de manera alguna por el gobierno de Versalles, y no podemos comprender lo que significa la parsimonia con que trata la cuestión monsieur Thiers y sus ministros.

La invitación que hace Mr. Thiers a la Cámara de regirse a la prudencia y el silencio, y de seguir con sus trabajos legislativos, ó encierra un arcano, ó es una salida de pie de banco, como vulgarmente se dice, para no dar explicaciones.

Muchas personas que vienen de Versalles, creen que las palabras de Mr. Thiers son más significativas de lo que algunos piensan y las explican de la manera siguiente:

El día 1.º de Abril será preciso pagar a la Prusia según lo estipulado en los preliminares de paz ó por compromisos verbales, la suma de quinientos millones de francos.

Esta suma está dispuesta y suscrita por cierto número de banqueros y a la disposición de Mr. Thiers; pero con condición de que el orden se restablezca y que el Gobierno vuelva a París, su residencia ordinaria y centro de los negocios de Francia.

No pudiendo cumplirse esta condición a consecuencia de los sucesos del día 18 y de la actitud que ha tomado el Gobierno de la *Commune* con el Gobierno y la Asamblea de Versalles, no podrá cumplirse lo pactado, y por consecuencia los prusianos ocuparán militarmente la ciudad de París y desarmarán a los insurrectos.

La Asamblea nacional votará con urgencia la autorización que necesita el gobierno para recibir los 500 millones de los banqueros a fin de tranquilizar a la Prusia y los alemanes abandonarán la ocupación de París y de la parte del territorio francés conforme al tratado de paz.

Otras personas creen que las fuerzas francesas que a toda prisa se reúnen en Versalles y sus inmediaciones, entre estas un cuerpo de ejército de ocho mil bretones mandado por el general Charrette, vendrá sobre París a apoyar un movimiento iniciado por la milicia nacional moderada de la capital.

Para decirlo todo, diremos también que varios amigos que llegan hoy mismo de Versalles, nos cuentan que muchos diputados no tienen confianza en la tropa de línea y que temen a cada momento una insurrección militar contra la Asamblea nacional y el gobierno.

Estas distintas opiniones de las personas que viene de Versalles no hacen variar la que tenemos formada desde hace días nosotros, conociendo el espíritu de la Cámara, el del ejército que da guarnición en Versalles y el carácter irresoluto y contemporizador del Gobierno de Mr. Thiers.

No creemos en la combinación insidiosa de la entrada del ejército el día 1.º de Abril, porque los 500 millones no se han de pagar sino después de ratificados los preliminares de paz por el tratado que se ha de celebrar en Bruselas.

No creemos que el gobierno de Versalles presente la batalla a los hombres de la *Commune*, ni que trate de embestir a París; primero, porque no tiene ni puede tener confianza en el ejército indisciplinado, corrompido y disuelto como está, y en segundo lugar por la inmensa responsabilidad que asumiría si lo intentase y corriera sangre.

La esperanza del gobierno (lo sabemos de cierto), y de la mayoría de los diputados de todos colores, es que los hombres de la *Commune*, embarazados con el poder, no se puedan entender, se gasten ó lleguen por sus actos a sublevar la opinión y debilitarse.

Esta esperanza se funda en la dimisión de algunos miembros de la *Commune* del noveno barrio, y Mr. Jirard del segundo.

En resolución, el gobierno de Versalles espera, como esperaban los alemanes, el momento psicológico para tomar su asiento en París.

Pero este momento no es fácil que hubiera llegado en muchos meses sin las bombas y el hambre; y como los revolucionarios no pueden temer ni lo uno ni lo otro, habremos de vivir bajo su dominación todo el tiempo

que quieran ocupar el Hotel de Ville y ser dueños de la capital.

Tienen los hombres de la *Commune* cuantos recursos puedan necesitar y pagan holgadamente los 300.000 francos diarios que cuesta la milicia nacional.

El Banco no se atreverá a negarles nada de cuanto le pidan.

Poseen todas las cajas públicas, correos, derechos de puertas, timbre, etc., etc.: cuando esto no baste, acudirán a las casas de los particulares y sociedad de crédito, que se guardarán muy bien de oponerse, porque estos hombres, como los alemanes, razonan poco y obran a más de estos recursos, tienen el de las requisas, de lo que se resentían ya algunos particulares traficantes.

Antes de ayer en la Villette, un ganadero vió desaparecer cerca de la mitad de una manada de cerdos que llevaba al mercado, y recibió en pago de los nacionales, un bono en regla sobre el Hotel de Ville. Cerca del Hotel de Ville un especiero en pago de sus jamones y otros comestibles, recibió la misma moneda.

Tampoco están conformes en la *Commune* respecto a la defensa con los brazos cruzados como en Versalles. En todos los batallones de la Guardia nacional se ha abierto un registro pidiendo a los nacionales bajo su firma la adhesión al nuevo gobierno de París. El delegado jefe superior de la Guardia nacional, Mr. Duval, ha mandado que se recojan los fusiles, uniformes y demás prendas de los nacionales disidentes, para armar y vestir a los leales.

Con esta purificación no habrá un solo nacional armado que no sea adicto a la *Commune*.

Mr. Rampont, director de Correos, ha sido destituido por el comité, como han sido destituidos cientos de empleados de todas clases en los ministerios y especialmente en el ministerio de Hacienda.

Probablemente se dará este puesto a algún periodista violento, a algún poeta patriótico, como no se le dé a algún boticario, sastre ó zapatero, como en España en los buenos tiempos.

Ya se resiente el servicio de correos de este orden de cosas; un amigo nuestro cuenta que habiendo ido a franquear una carta para Santiago de Cuba a las oficinas de correos de la Bolsa, se encontró con que servía el puesto un hombre vestido de blusa. Presentó su carta y preguntó lo que debía; el empleado respondió:—Debe Vd. un franco.—¿Cómo un franco? La cuota sencilla no cuesta sino 80 céntimos.

Sea como Vd. quiera, pague Vd. 80 céntimos. ¿Cuándo dará la carta? No sé; soy empleado desde ayer y nunca lo he sido antes de ahora.

Como la persona que nos ha contado este hecho es un comerciante conocido, lo hemos anotado, pues de otro modo nos parecería increíble y no le daríamos cabida en esta correspondencia. A este extremo ha llegado la capital de las bellas artes y de las buenas maneras.

Lo mismo decimos hoy que hemos dicho a Vds. desde el principio de esta nueva revolución. El gobierno de Versalles no tiene fuerzas para soportar y sólo la intervención de la Prusia podrá poner término a la dictadura de los hombres del hotel de Ville.

No es que los franceses de ningún color la deseen, porque nadie ha de querer asumir tan terrible responsabilidad; pero la ocupación de París se impondrá por la impotencia de cumplir lo que se haya tratado en Bruselas.

Tal como está la Francia y con lo que promete esta revolución, que ahora principia, no podrá el gobierno de Versalles hallar las sumas necesarias para tranquilizar a los prusianos y garantizar el pago de la fantástica suma estipulada en los preliminares de paz.

Mientras tanto, la revolución marcha y seguirá su curso natural y sangriento como en 1789.

Nada de cuanto suceda nos extrañará y estamos preparados a todo.

Después vendrá la reacción, que ha de pedir cuentas a los hombres que por sus ambiciones personales han provocado este cataclismo social.

Anoche un batallón de milicia nacional ocupó las oficinas de la sociedad de seguros la Nacional, en la rue Gramont, por orden de *La Commune*. El objeto de esta

visita domiciliaria se reduce a apoderarse de los libros y registros de la compañía, a fin de extraer la póliza de seguros del ex-príncipe imperial, asegurado según se dice, por la suma de dos millones de francos.

Otra visita recibieron las oficinas de la redacción del *Figaro* y un pelotón de la guardia nacional se apoderó del número que por primera vez salió a luz ayer y lo pasearon clavado en las bayonetas. Naturalmente, el *Figaro* ha suspendido su publicación.

Lo mismo que en Madrid, durante la irrupción de los cimbríos.

A propósito de los cimbríos, nos ha venido a la mano una obra que se titula: *Campagne de Marius par Gilles*.

Su lectura nos da cierto consuelo. Vemos por esta curiosa obra que los cimbríos no desolaron la España sino un pedregal de tres años hasta que perecieron bajo la espada de Mario en las orillas del Var.

Por esta cuenta, pocos meses de vida han de quedar a los cimbríos de España, que morirán prontamente cuando llegue la hora en que desaparezcan los que ocupan hoy el Hotel de Ville.

La *Commune*, como hemos dicho, no pierde tiempo; a la reorganización de la milicia nacional en la forma que indicamos más atrás, siguen decretos de más sustancia y más eficaces. Mientras Leon Say en Versalles se desvela para escribir la memoria sobre el proyecto de ley de alquileres que se ha de presentar a la Asamblea nacional, el *Diario Oficial* de París inserta el primer decreto declarando exentos de pago los tres términos de Octubre, Enero y Abril.

Así ningún inquilino está obligado a pagar a su propietario los nueve meses vencidos y podrán anular sus contratos si lo tuvieran por conveniente.

La conscripción queda abolida y no habrá mas fuerza militar que la guardia nacional.

Luego el diario oficial publica la organización de la *Commune* por comisiones, distribuida como sigue:

- Comisión ejecutiva.
- Comisión de hacienda.
- Comisión militar.
- Comisión de justicia.
- Comisión de seguridad general.
- Comisión de subsistencias.
- Comisión de trabajos industria y cambio.
- Comisión de relaciones exteriores.
- Comisión de servicio público.
- Comisión de enseñanza ó instrucción pública.

Otro decreto declara que los empleados en los diferentes servicios no podrán recibir ni ejecutar orden alguna emanada de Versalles.

Según el espíritu del decreto sobre la reorganización de la guardia nacional, el servicio es obligatorio como en otro tiempo en España.

Como Vds. observarán por estas noticias, que son exactísimas y escritas sin animosidad ni exageración y con conocimiento de causa, esto promete.

Por un amigo que acaba de llegar de París tenemos noticias exactas de la que fué Atenas de la falsa civilización. Las calles están convertidas en verdaderos aduares de beludinos. A las doce almuerzan en comunidad los rojos, lo que se han proporcionado en la requisita de la mañana. La persona a quien nos referimos ha visto un bono de la república por dos mil botellas de vino, que se decomisaron a un almacenista. Con estos valores se pagan también los comestibles y hasta el tabaco. Cuando las tiendas se resisten a recibirlos, se duplica ó triplica y corearán nuestros lectores que el valor del bono pues todo menos eso; se aumenta la fuerza que va a hacer la reclamación.

El vino es el que suele exigir mayor concurrencia de tropas, porque no es fácil que un sólo almacén pueda facilitar las inmensas cantidades que se piden. Así dura la borrachera pública hasta la noche, en cuya ocasión se repite la fiesta, que dura ya hasta la madrugada.

Tampoco hay semejanza de situación: Berta, en el momento de consumar su deshonra, no encuentra obstáculo a la pasión de que se deja arrebatar. La prima de Berta se ve sorprendida en fraganti y atajada en el camino por su madre; y la presencia de esta es motivo más que suficiente para hacer desistir de su intento a la joven, suponiendo, como no se puede menos de suponer, que no se trata de un alma negada a los sentimientos de la naturaleza; de una mujer sin pudor, ó de una de esas pasiones ciegas que atropellan por todo. Es, pues, la presencia de la madre, más que sus blandas exhortaciones, la que impide que la niña se vaya con el seductor y ponga término deplorable al régimen benigno que ha presidido a su educación.

Sigamos ahora el deleznable tegido de este drama, cuyos defectos capitales ha compensado el autor con bellezas superiores a todo encarecimiento.

Berta, arrepentida de su funesto arrebato, instalada en Londres por su rotador, colocada en una posición equivocada, confía, sin embargo, en las promesas de Jorge que, seriamente enamorado de la joven, la ha ofrecido hacer lo posible por inclinar el ánimo de su padre a que consienta en su casamiento. Entre tanto, la prima no ha tardado en encontrar marido honrado en la persona de Tomás, el joven civiloso que por infundadas sospechas de inconstancia renunció a la mano de Berta.

Jorge es el primogénito de una ilustre familia: su padre, que ignora la historia del rapto, obligado por las instancias de su hijo, se decide a juzgar por sí mismo a la mujer que este le pide por esposa. La impresión que la joven produce en el ánimo de lord Leimur, quien al verla recuerda haberla encontrado ejerciendo una señalada obra de caridad, es tan favorable como desean los dos amantes para alcanzar su consentimiento. Por desgracia, Berta ha cometido la imprudencia de escribir a su padre una carta en la que, por consolar al anciano, se anticipa piadosamente a los sucesos, diciéndole que está casada. Morton corre a Londres, se presenta en casa de su hijo en el momento en que se halla presente el noble lord, y la indignación de que se siente poseído al descubrir que Berta no es la esposa sino la mancha de Jorge, pone en sus labios el lenguaje enérgico y sincero de la verdad. El desengañado anciano lo descubre todo, y abandona desesperado aquella casa donde ha sido testigo de la infamia de su hija. Lord Leimur aleja severamente a su hijo de la mujer que juzga ya indigna de aspirar a su mano, y la consternada joven queda sumida en el abandono y la desesperación.

Así termina el acto segundo. En el tercero el poeta sacude las mallas de esta mal urdida trama en que se agita penosamente su ingenio, y tiende las alas por los espacios de la verdad. El anciano irlandés siente el vacío que le rodea, y los sentimientos de padre recobran

Cuando hace falta dinero, y por este sistema ya se comprenderá que el dinero resulta inútil, se manda una compañía a casa del banquero C. ó del propietario H.

Pero lo más curioso de todo es que los defensores de *La Commune* se han dividido espontáneamente en grupos políticos, y es público y notorio que hay entre ellos orleanistas, bonapartistas, legitimistas, etc., etc. Sin embargo, el orden se conserva por lo general, como que cuando los defensores de la república no comen, duermen y roncan.

Un amigo nuestro de esta capital acaba de recibir de un hermano suyo domiciliado en Saint-Etienne una interesante carta de la cual tomamos los siguientes párrafos en que se dan curiosos detalles de las escenas que tuvieron lugar en aquella población el día 25 de Marzo:

«Desde muy temprano los nacionales ocuparon militarmente la plaza del Hotel de Ville, y aun cuando la autoridad militar pareció, a cosa de las once, enviar fuerzas de caballería, el hecho es que las retiró a poco por desgracia; y digo por desgracia porque seguro estoy de que si no lo hubiera hecho no habrían tenido después lugar las escenas de sangre que todos deploramos. El héroe del día, que era un tal Fillion, al frente de una turba, que más merece este nombre que el de compañía de guardias nacionales, se fué empujando una bandera roja y vociferando por las calles, a detener los trabajos en algunas calles y a despedir a los obreros.

A las cinco de la tarde, empujado de una gritería horrible, fueron tomadas como por asalto las casas consistoriales, sin que hicieran gran resistencia los voluntarios que las guarnecían. La muchedumbre, como si fuera un torrente, las invadió en algunos instantes, rompiendo muebles y deteniendo y maltratando a empleados y a las personas notables que allí encontraron. Entonces fué habido el nuevo prefecto Mr. Enrique de l'Espé, joven ágil y del cual todos hacen los mayores elogios.

Mr. de l'Espé trató de hablar a las turbas y de hacerles comprender sus deberes, pero su voz fué ahogada por los insultos; el mencionado Fillion se precipitó sobre él seguido de los revoltosos que le acompañaban, cuatro ó seis decenas de los arrastraron de sala en sala, sin que pudieran, en medio de los malos tratamientos, dominar la enérgica palabra del infortunado prefecto. Entonces fué cuando Fillion le disparó a quemarropa un tiro de revolver, y al caer herido Mr. de l'Espé exclamó: «¡Por Dios, acabadme de matar!» En medio de la confusión varios nacionales disparan contra el prefecto, y cosa rara una de las balas va a herir de muerte a Fillion, cuya sangre se mezcla con la de su víctima, recibiendo su castigo cuando acababa de cometer el crimen.

«Me han dicho que son tantas las heridas que esta desgracia ocasionó a Mr. de l'Espé, que el cadáver que se halla depositado en el hospital está completamente desfigurado.

«Se asegura que el prefecto no quiso llamar por la mañana a los nacionales adictos creyendo que le sería fácil dominar a los revoltosos sin recurrir a medidas de fuerza. ¡Desdichadamente hacia demasiado poco tiempo que estaba en la población y no sabía cuán malos elementos se encierran en ella! Parece también, pero no es creíble, que los revoltosos al precipitarse sobre él, le exigieron que dimitiera, y que Mr. de l'Espé se negó a hacerlo.

«Como tú comprendes, en los barrios próximos al Hotel de Ville, había un desorden horrible y los vecinos honrados nos curamos, sobre todo de encerrarnos en nuestras casas y poner a buen recuento nuestros intereses, pues todo se puede temer de las turbas socialistas de Saint-Etienne. El número de las víctimas asciende a unos diez.»

en su corazón todo su imperio; la hija arrepenida, abandonada, en el colmo de la desventura, busca el perdón del anciano cuyas honradas canas ha ofendido. La naturaleza recobra sus fueros, y el Sr. García Gutierrez sabe arrancarla acentos elocuentes. Apenas hay palabra que no sea una belleza, un rasgo delicado, una pincelada feliz, inspirada en el conocimiento profundo del corazón humano. ¡Qué natural y qué bien expresado movimiento de impaciencia aquel de que se deja llevar el anciano al abrir el escritorio para tomar el dinero con que presume socorrer a su hijo! ¡Qué acentos de verdad en el arrepentimiento de la joven! ¡Qué admirable reacción del amor paternal con todos sus arrebatos de celos infantiles, de júbilo inefable, de avara felicidad! No parece sino que el poeta, arrepenido también de su momentáneo extravío, busca con sus personajes una rehabilitación gloriosa en el seno de la naturaleza y de la verdad.

Sería preciso reproducir el acto entero para hacer notar las bellezas de que está lleno, y a las cuales el señor Valero, con su arte admirable, ha dado todo el relieve que pudiera desear el poeta. Es preciso, pues, llegar al tercer acto para encontrar al Sr. García Gutierrez en la plenitud de sus envidiables facultades; pero una vez en presencia del insigne escritor, fuerza es tributarle los honores debidos a uno de nuestros primeros ingenios contemporáneos; tan viva es la impresión que deja en el ánimo esta admirable terminación de una obra con tan poca fortuna comenzada.

Hé aquí, por lo demás, el desenlace del drama: el noble lord, penetrado de un loable sentimiento de equidad, solicita para su hijo la mano de Berta, con lo cual quedan colmados los deseos de los dichosos amantes y saldadas las cuentas con la moral. Salomé ha confesado su delito. El porvenir se presenta sin nubes para Jorge y Berta. En cambio Tomás ha sabido que su mujer, la que ha recibido con su mano el premio del bien obrar, se disponía a fugarse con un amante mientras él infundadamente sospechaba de Berta. Al perderle de vista el expectador, el pobre mozo empieza a sentir en su corazón el gusano del recelo, formidable infusorio que llega a tomar las proporciones de una hidra de siete cabezas.

De un lado un cielo sereno del otro una nubecilla que amaga tempestad. ¿Cómo se traduce esta fluctuación de la idea que sirve de fundamento al drama? ¡Qué se ha propuesto demostrar el Sr. García Gutierrez? ¿Qué sistema prevalece? ¿el de la severidad, el de la dulzura, ó otro que el autor no desenvuelve, fundado sobre el término medio?

El expectador no consigue descifrar el logogrifo; pero desea volver a ver el drama, aún a riesgo de caer otra vez en los limbo de la duda.

PERRERIN GARCÍA CADENA.

FOLLETIN.

SENDAS OPUESTAS.

¿Qué régimen debe preferir un padre de familia en la educación de su hijo? Debe constituirse en severo censor de sus acciones y en caudillo guardador de su honestidad, ó debe ser, por el contrario, un amigo afectuoso y un consejero blando y persuasivo? Colocada esa hija en el resbaladero del mal ¿cuál de esos dos temperamentos será más eficaz para evitar la caída?

La cuestión, como a primera vista se comprende, no se resuelve en absoluto. Hay que atender al carácter del sujeto y a las resistencias que en él tiene que vencer la educación. El trato severo que puede exasperar hasta el extravío a una organización activa é impetuosa, puede producir el efecto contrario sobre otro carácter. Todo, en este punto, es contingente y relativo.

Este dilema, mal plantado, constituye al asunto del drama del Sr. García Gutierrez, *Sendas opuestas*, que con extraordinario aplauso se ha estrenado en el Teatro Español.

He aquí en resumen el argumento de este drama, en que por otra parte hay grandes bellezas que admirar, y en el que los entendidos han podido saborear otra vez el estilo primoroso, los rasgos de ingenio, las pinceladas maestras que con larga mano suele sembrar en sus obras teatrales el distinguido autor de *Juan Lorenzo*.

En un pueblo de Inglaterra viven bajo un mismo techo un anciano irlandés y una hermana viuda como él, y entrada en años. Tienen cada una una hija. La del hermano ha recibido una educación severa y encierra en el autor de sus días un censor perenne de sus acciones: la de la hermana, por el contrario, ha hallado siempre en su madre un guía benigno y bondadoso. Por estas *sendas opuestas* se ha encaminado la educación de las dos jóvenes, y no hay para qué decir que cada uno de los dos hermanos abraza la firme convicción de que su sistema es el bueno y el saludable.

Berta, la hija del viejo irlandés es de carácter activo; pero nada anuncia en ella, según el autor nos la pinta, una de esas organizaciones ligeras y arrebatadas capaces de arrojarse en brazos de la deshonra por vengarse de una injusta reprimenda paternal; por el contrario, el autor nos la presenta dotada de un carácter digno, recto y celoso del propio decoro.

Por lo que hace a su prima, personaje que no figura sino por referencia en el drama, no tenemos para juzgarla más que un solo dato, a la vez bastante significativo, de que luego hablaremos.

Dos jóvenes de noble cuna se proponen seducir a las dos primas, y aprovechando una invitación que han recibido del viejo irlandés Morton para asistir a una fiesta doméstica en celebración del cumpleaños de su hija, se resuelven a cometer un doble rapto. El seductor de la prima de Berta ha conseguido ponerse de acuerdo con aquella. La joven se ha concertado con su amante para fingir un desmayo durante la fiesta, a fin de retirarse a su aposento merced a esta estratagema, y huir con el seductor.

Berta ha rechazado con dignidad las declaraciones hasta aquel momento respetuosas de su aristocrático galanteador. Su mano está prometida a un joven de su condición y no puede admitir otro amor. Pero ocurre en estos momentos que su prometido, engañado por falsas apariencias, duda de la fidelidad de Berta y retira su promesa de matrimonio. Libre de compromiso la joven, responde favorablemente a las instancias del hipócrita seductor, permitiéndole que la pida por esposa a su padre. Pero no son tales los propósitos del galán, quien ha conseguido sobornar a una mulata que sirve de doncella a Berta, y se dispone con su ayuda a penetrar a altas horas en la casa y llevarse robada a la joven.

Llega en esto la hora esperada por los dos raptadores. La prima de Berta se ha desmayado, con arreglo al programa convenido, y aguarda en su habitación el momento de seguir a su seductor. El de Berta, auxiliado por la mulata, penetra en el aposento de la joven; esta le rechaza indignada, le arroja de su presencia, le increpa con la dureza, la energía y el desprecio de una mujer hondamente ofendida en su decoro, y adivinando la complicidad de la sobornada doncella, déjase llevar de su justa cólera poniendo la airada mano en la broncada megilla de la culpable. Esta en venganza corre en busca de Morton y le denuncia la presencia de un hombre en el aposento de su hija, haciéndola aparecer criminal a los ojos de su padre.

Acude este; las apariencias abonan la falsedad de la criada: el irritado anciano arroja de su casa al seductor, y Berta es objeto de las más duras recriminaciones: sus protestas de inocencia no desarman la cólera del anciano. Entonces la joven lastimada en su orgullo, entra en su aposento, y el despocho y el balcón la abren camino para arrojarle en los brazos del seductor. Entretanto su prima que deliberadamente y de su propio impulso ha puesto por obra su proyecto de evasión, es sorprendida por su madre a la puerta de la casa y se decide a volver a su aposento, previa una suave y amorosa excitación de la anciana que arranca a la culpable lágrimas de arrepentimiento.

Y aquí interprimos nuestro relato para hacer algunas breves observaciones. Todo este tegido es falso y no resiste al examen. Los rasgos más pronunciados

del carácter de Berta son un sentimiento, quizá exagerado, de la propia dignidad y una virtud a prueba de brillantes seducciones. Tal es, a lo menos, el aspecto bajo el cual se nos presenta en las primeras escenas del drama. El lado flaco de la joven es, pues, el orgullo, defecto que su padre la coha en rostro con su habitual severidad, pero que no coincide en manera alguna con la menor perversión del sentido moral. Ahora bien; Berta ha recibido en su orgullo, en el sentimiento exagerado de su dignidad dos heridas simultáneas: una profunda, sangrienta, imperdonable: un hombre que no tiene siquiera el pretexto de un amor correspondido, acude a proponerle a sangre fría la deshonra. ¿Puede darse mayor ultraje para una mujer como Berta? Un padre irritado por la apariencia de una falta que envuelve la deshonra de su hija, la reconviene con dureza, con indignación. Berta no puede desconocer que bajo la impresión en que se halla el anciano, por efecto de la calumnia inventada por la mulata Salomé, su cólera no traspasa los límites de lo justo, y sin embargo, por vengar esta herida relativamente leve, se arroja en los brazos del que la ha ofendido otra que parece mortal de necesidad. Esto es evidentemente falso: dado el personaje imaginado por el Sr. García Gutierrez, su conducta no tiene explicación posible; las acciones del personaje no son un desenvolvimiento racional del carácter y de los sentimientos de que aparece dotado; Berta no puede obedecer a este ciego movimiento de la pasión, a no admitirse como criterio aplicable al arte que no hay anomalía, que no hay inconsecuencia, que no hay absurdo que no quepa en el corazón humano.

Pero queríamos admitir por un momento que la conducta de Berta no esté en contradicción con su carácter. ¿Qué se propone enseñar el autor? ¿Que el trato rígido de Morton conduce a su hija al precipicio, al paso que la persuasiva dulzura de Isabel detiene a la suya en la fatal pendiente, y que por consecuencia el ejemplo de esta última es el bueno y el saludable y el digno de imitación? Pero en primer lugar, para establecer el parangón sería preciso que entre las dos primas existiese similitud de sentimientos, de caracteres y de situación; de otro modo la conclusión resultaría también falsa. ¿Y qué analogía existe entre la manera de ser de Berta y la de su prima? Ninguna: en la primera desecuela el orgullo, el sentimiento extremado de la propia dignidad; en la segunda, por lo que de ella sabemos, ocurre todo lo contrario. Una mujer que se presta hipocritamente a una farsa como la que ella pone por obra para huir con su amante, no tiene gran conciencia de su decoro, ni puede jamás sentir los estímulos de un alma soberbia, por recta y viril. Hay, pues, completa disparidad de caracteres y por consiguiente diversa manera de sentir.

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Madrid 3 de Abril de 1871.

Hoy han inaugurado sus tareas las primeras Cortes reunidas por el fundador de la nueva dinastía.

Durante el período de reconstrucción en que hemos entrado serán graves las cuestiones que habrán de tratarse, apasionados los debates, así como esas mismas cuestiones darán lugar, temiendo la lucha que tendrá que sostener el Gobierno un día y otro día contra oposiciones formidables inmensamente coaligadas con el sólo fin de derribar lo existente para luchar después entre sí sobre las ruinas por ellas amontonadas.

Nada podemos augurar respecto a la duración del naciente Parlamento: las Asambleas en cuyo seno hierve una agitación incesante no suelen ni pueden prolongar mucho tiempo su vida, así como los combates encarnizados en que toman a un tiempo parte todas las fuerzas beligerantes, han de terminar forzadamente cuando el cansancio las rinde a la par, ó la suerte designa al vencedor. Teniendo esto presente, y fijándonos en lo avanzado de la estación, opinamos, como nuestro apreciable colega *La Política*, que la existencia de las actuales Cortes no ha de ser muy dilatada.

Abrogamos la esperanza de que el Gobierno para llenar dignamente su misión, sabrá vencer los obstáculos que a cada momento le crearán sus adversarios; que los diputados de la mayoría, comprendiendo sus verdaderos intereses, evitarán toda escisión que en las circunstancias por que atraviesa el país sería ridícula, antipatriótica y extraordinariamente perjudicial; y que, por último, las fracciones afines, teniendo en cuenta que urge salvar antes que nada la institución monárquica y el sistema parlamentario de los fueros de una reacción violenta ó de una revolución desenfrenada; prescindirán algunas veces de las cuestiones dinásticas, personales y de conducta que los alejan de la situación, para sostener con su apoyo a los hombres que, a pesar de las torpezas que puedan cometer y de seguro cometerán, representan hoy aquel sistema y aquella institución en frente de los partidos extremos.

La lucha, como hemos dicho antes, será tremenda y el Gobierno tendrá necesidad para vencer, del constante y leal auxilio de todos sus partidarios. Las dudas y los temores que entraña la interinidad, tanto prolongada por desgracia, han dado vida y fortaleza al bando carlista y al republicano, enemigos jurados del actual orden de cosas, que presentan, para combatirle, numerosas y apañadas falanges, mientras los representantes de otras tendencias y aspiraciones, menos temibles por su número pero mucho más por su significación e importancia, se agrupan también y se preparan para derribar una dinastía que les es odiosa.

Los unos, como lo han hecho hasta aquí, explotarán hipócritamente el sentimiento religioso encarnado en el corazón de los españoles para hacerlos servir con sacrilega audacia a los fines demagogos mundanales de su mundanal política; los otros invocarán el nombre santo de la libertad para extraviar la conciencia del pueblo haciéndole concebir ilusiones detrás de las cuales se esconden los abismos más insondables; los terceros, en fin, más peligrosos que los anteriores, lucharán por las doctrinas monárquicas, conservadoras y liberales, y arrastrarán en pos a los que perteneciendo al gran partido conservador y debiendo formar el núcleo que apoyase a una situación que es monárquica constitucional, posponen con buena intención, sin duda, los intereses generales del país a las afecciones que reciben en el santuario de sus almas un culto generoso y noble.

Para dominar esta terrible oposición, el Gobierno ha menester, más que ser defendido por hábiles oradores, hallar una invencible defensa en la bondad de sus propios actos. Los desaciertos, las perplejidades, los desórdenes del período de la interinidad le enajenarán el apoyo de las clases conservadoras, y esos grupos sociales que eran la fuerza de todos los ministerios que se habían venido sucediendo hasta entonces y que apartados de las lides políticas para consagrarse al fomento de los intereses materiales y morales de la nación, venían siendo, sin embargo, el elemento principal en que fiaban y podían fiar los gobernantes, esos grupos, decimos, cansados de los abusos cometidos por los hombres de la revolución ó acaso más bien—queremos disculparlos—por la fuerza misma de las cosas, han ido en busca de un poco de orden á dar vida al descompuesto cadáver del carlismo y enarbolar nuevamente los grillos que aún quedaban de su humillado pendón.

El cadáver, empero, está solamente galvanizado, esos grupos que forman las masas carlistas y dan al carlismo importancia y valía, han de dejar de hacerlo muy en breve, porque poco acostumbrados á la vida política, indolentes por temperamento y tímidos por interés, no podrán soportar una lucha que detestan y á la cual han sido arrastrados contra su deseo.

Carlistas de ocasión han de dejar de serlo cuando la ocasión haya pasado, y seguros estamos de que, si un gobierno conservador rige los destinos de la patria, y garantiza el orden público y la seguridad individual, el carlismo volverá á ser un esqueleto político, reducido á una impotencia absoluta como lo fué después de 1848 y más todavía después de la ridícula y antipatriótica intentona de San Carlos de la Rápita.

¡Dios quiera que sean oídos nuestros deseos y que el Rey, que con tan levantado lenguaje se ha dirigido esta tarde á las Cortes, comprenda que para afianzar su corona necesita una política esencialmente conservadora!

No deben asustarle, no, ni el número ni la importancia de los adversarios de su poder. Cuando un trono se funda, el número de los que se opusieron á su sostenimiento ó de los que no han visto satisfechas sus ambiciones personales es necesariamente inmenso; pero el tiempo, cuando el nuevo soberano gobierna bien, se encarga de ir poco á poco ahogando ódios y adquiriendo voluntades.

Felipe V vino á España después de una guerra sangrienta en la cual le habían sido hostiles un gran número de sus habitantes: vino á España y vino sembrando ruinas y pisando cadáveres y te-

niendo enfrente al gran partido que aclamaba por rey al archiduque Carlos. Pasaron los años, y los carlistas de entonces se extinguieron para siempre.

Aprovechemos las lecciones de la historia: el pasado descubre forzosamente á nuestros ojos un porvenir seguro.

Llamamos la atención sobre el notabilísimo artículo que publicamos á continuación, debido á uno de nuestros más distinguidos escritores, sobre todo en momentos en que es de interés palpitante la cuestión que trata, desdenada desgraciadamente por muchos, pero considerada como motivo de legítima alarma para todos los hombres pensadores.

El interés y la grande importancia de este asunto, nos mueven á dedicarle hoy todo el espacio que destinamos á nuestra sección de fondo, retirando otros materiales interesantes, seguros de que nuestros lectores no han de agradecer que les proporcionemos la satisfacción de leer íntegro este notable artículo, aunque sea á costa de la variedad de esta parte de nuestro diario.

LA CUESTION DE LAS CUESTIONES.

¡Alerta! ¡Alerta!

Alerta, clases conservadoras, que es muy grave el período histórico que atravesamos.

Por todas partes aparecen problemas temerosos que resolver, donde quiera hay riesgos que afrontar y luchas sangrientas que trabar.

¿Han llegado los tiempos apocalípticos?

Podría ser.

En tanto, los hombres encargados de regir los destinos de las naciones, de dirigir el gobierno de los Estados, discuten sobre quién ha de usurpar el primer puesto y disfrutar las delicias de Cápana.

En tanto *latet anguis sub herba*.

En tanto, no sienten bullir bajo su planta el torbellino que los ha de tragar, el volcán que ha de reducir á cenizas los alcázares del presente, y consumir hasta los cimientos de nuestra sociedad.

¡Ay! despertad, políticos dormientes, filósofos soñadores, nobles embrigados, ricos desvanecidos con vuestros placeres, sábaritas de todas las clases, oid, oid.

Escuchad ese sordo rumor de un quejido que sale de mil bocas. Esas sordas quejas que apenas se advierten, en forma de pacífica protesta hoy, y dentro de poco en son de alvida demanda, forman el coro infernal y subterráneo de conjurados que con la tea incendiaria en una mano y el aguzado puñal en la otra, os sorprendan cuando menos lo penséis y os privarán de la propiedad y de la vida.

¡Alerta! ¡Alerta! Aún es tiempo. Hoy es ocasión todavía de transigir... dentro de... cuánto? ¿un año?... ¿quién no sea largo el plazo... pero pronto, demasiado pronto para vuestro descuido, dentro de algún tiempo será tarde.

¿Habeis oído hablar de las conferencias públicas que varios honrados obreros celebran algunos domingos en Madrid? Pues eso es un síntoma, pero nada más que un síntoma.

Habeis oído hablar de la asociación La Internacional? Pues ese es otro síntoma: nada más que otro síntoma. ¿Habeis sabido lo que pasa ó ha pasado en París? Pues ese es otro síntoma. Pero habeis oído algunos discursos de los que entre esos obreros se pronuncian? ¿Conocéis la vasta organización de La Internacional? Pues no hagáis caso de esos síntomas y ya vereis qué proporciones toma el mal.

Ya oigo gritar á algún empirio curandero político, pedir represión para esas conferencias públicas y para esa clase de asociaciones. Necio quien tal pida. Eso es locura. Al contrario, dejad abiertas esas válvulas de seguridad. Ellas nos servirán de barómetro para conocer la altura á que se eleva la fiebre del cuerpo social. Pero fíjase en ese barómetro, estudiadlo todos los días y aprovechad sus indicaciones.

Yo las conozco, las estudio, y me preocupan mucho: no por mí, que al fin soy un obrero como ellos aunque con traje menos democrático; si por la sociedad en que vivo; pero si por muchos intereses que respeto; pero si por esos mismos obreros cuya ceguera puede serles fatal. Entre ellos hay unos que piden con formas corteses lo que consideran justo; otros aspiran á un ideal irrealizable; otros se alucinan con aspiraciones que embriagan. Estos son los temibles porque son los mayores en número, los más impacientes e irreflexivos, los más fuertes, quizá los más desalmados.

Hombres conservadores, hombres de la inteligencia, legisladores académicos, no os descuidéis; estadud el fenómeno sobre que os llamo la atención y preveed sus efectos. Aún es hora. No me llaméis visionario, no os riais del falso profeta.

Y como yo que os aviso, os quiero incitar con mi ejemplo, después de haceros esta advertencia voy á dirigir también una especie de consejo ó admonición á los obreros.

II.

Ciudadanos: ya que lo sois y os halaga esta denominación:

No sé qué secreta simpatía me une á vosotros; tal vez se funda en la analogía de nuestras condiciones; porque también yo soy un obrero como vosotros aunque mi traje no lo revele; pero esto consiste en una circunstancia que hace mi situación peor que la vuestra. Vosotros tenéis la libertad de vestir con modestia, y yo ni aún de esta libertad disfruto. Vosotros tenéis el derecho consuetudinario de presentaros con bastante decencia hasta ante el jefe del Estado si os llama, con la cara limpia y la camisa lavada y nada más se os exige: yo no puedo usar vuestra económica chaqueta ó blusa, ni me sería permitido desempeñar mi profesión, libre el cuello de la molesta corbata; y sin embargo mi porvenir es tan lisonjero como el vuestro: con el último azadonazo el último real: cuando me falten las fuerzas para el trabajo me uniré con vosotros para pedir un asiento en el banquete de los pordioseros. Tal vez tengamos las camas juntas en el hospital y se confundan nuestros huesos en una fosa común.

¡Oh! tal vez por eso y por otras razones que no son del caso, me siento impresionado por vuestras penas y desearía hallar con vosotros fácil solución al problema de nuestro triste presente y nuestro oscuro porvenir.

Pero... ¿qué árida tarea es! No ha de ser llano y hace-dado á la presente generación lo que á tantas por tan largos siglos ha preocupado. La ley del progreso se cumple harto paulatinamente. Y sin embargo, qué diferencia de la situación, por punto general, del obrero de hoy al de los tiempos pasados! ¡Qué diversa situación la de los trabajadores de nuestro país á la del esclavo y á la del salvaje! Preciso es confesar que nosotros somos el filósofo aquel que lamentándose de la calidad de su alimento volvió la vista y halló que otro recogía los desperdicios que él arrojaba.

Pero me direis que aún tenemos derecho á más: que podemos exigir mayor participación en los gozos de la vida, en el bienestar de los que nos explotan, de los privilegiados como vosotros decís y no sin razón.

No exageremos. Vayamos por partes y demos lugar á la razón.

Los obreros estamos divididos en categorías como todas las clases sociales. No hagamos mistificaciones, y

no engañemos á los demás, engañándonos á nosotros mismos.

Hay el jornalero del campo, el peon agrícola que se alimenta con gazpacho ó pan sólo-malo y escaso; duerme sobre el duro suelo, y vive constantemente á la intemperie; y hay el jornalero de la ciudad, que duerme en colchon y bajo de techado al lado de su familia, y pasa algunos ratos en la taberna, si es que no se permite ir al café y al teatro alguna vez; y hay, el obrero que va de francachelas frecuentes, y asiste á las lides de toros; y hay obrero también que trabaja en templadas aunque estrechas habitaciones y huelga todas las fiestas y se permite gastar bota de charol y camisa bordada y elegante traje el día de huelga y hasta puede tirar un duro si llega un caso de vanidad.

Hay además, otra clase de obreros con levita, que aparecen á primera vista acaudalados personajes pertenecientes al gremio de los privilegiados ó capitalistas, y no tienen á veces un pedazo de pan que llevar á la boca ni más que un jergón y una manta para su mujer y sus hijos.

Y hay también capitalistas que no sacan á su capital interés alguno y se arruinan. ¿De qué clase de estas hemos de tratar? ¿Cuál de ellas necesita más pronto alivio? ¿Han de ser iguales los remedios?

¿Qué remedios son estos?

¡Ah! de fijo que no ha de haber conformidad de pareceres.

De seguro algunos de los que saben leer y tengan tiempo para pasar la vista por estos renglones, van á decir que he puesto el dedo en la llaga; pero que no debí profundizar tanto la cuestión porque voy á sembrar desconfianzas y discordias.

Ya sé yo que también hay clases privilegiadas entre los trabajadores; y que si los más desgraciados llegan á pensar seriamente en esto, van á decir que ellos se contentarían con dormir bajo techado y disponer de un par de reales para gastar los domingos. Otros se contentarían con tener jornal seguro; unos aspirarían á menos, otros á más, y otros en fin, quisieran ser amos y mandar, y tener una casita propia y cómoda, y á ser posible, hasta tener su cochecito para visitar los domingos el cortijo ó el chalet como dicen los ricos. Y quien sabe si á alguno que hoy pide que se prohíba traer objetos del extranjero para que no falte trabajo en España, le convendría traer vajilla de Sevres, flores de Bohemia y comer jamon de York, y beber vino del Rhin ó de Champagne. ¿Qué es lo que queremos?

¿Qué debemos pedir? ¿Sólo el alimento diario? ¿Trabajo constante? ¿Aumento de salario?

Yo bien sé lo que queremos todos. Trabajar poco y tener mucho dinero: que, aunque el dinero sea un crimen, no es un crimen que deshonra, y todos desean manchar sus manos con ese crimen.

Nuestro idioma es muy rico y tiene varias palabras que clasifican casi todas esas categorías de la escala obrera: gañán, bracero, peon, artesano, industrial, jornalero, aprendiz, oficial, maestro. Cada una de estas palabras, á pesar de cierta violenta sinonimia entre algunas, determinan gerarquías especiales y posiciones distintas y necesidades relativas. Cada una de esas gradaciones es una dificultad del problema: es más bien un problema diverso.

Yo, siguiendo vuestro ejemplo, voy á prescindir de esas esenciales diferencias, y á tratar la cuestión bajo el punto de vista de la generalidad del trabajador que está á servicio de otro, de ese otro que se llama capitalista ignorando ó olvidando lo que significa la palabra.

Sabed que todos somos capitalistas: porque la fuerza muscular es capital, la inteligencia capital, la laboriosidad capital, y el dinero capital.

El jornal que nos pagan, el salario ó sueldo que alcanzamos, es el interés, es la renta de ese capital.

Comprended bien lo que os digo.

Por eso, el obrero que trabaja más, porque tiene más robustez, más fuerza y más aplicación, puede ganar más que el que tiene poca salud, poca fuerza ó poca aplicación al trabajo.

El que tiene más maña, mayor habilidad y es más industrioso, tiene más capital y gana más salario, es decir, tiene mayor renta.

El que tiene dinero, si no sabe emplearlo bien, se lo come y se queda sin capital. Lo mismo acontece al que tiene fuerzas ó inteligencia si es holgazán. Se morirá de hambre, porque no sabe buscar el interés á su capital.

Hay una diferencia muy esencial y ya os la oigo aducir. El que tiene dinero, puede emplearlo cómodamente, obtener renta sin gran trabajo, y tal vez vivir de la usura y á expensas del que es trabajador. Es verdad. Pero el que tiene dinero puede disponer de él como mejor le convenga porque el dinero es su propiedad. Permítidme la palabra aunque sé que no os agrada. Lo que importa por consiguiente resolver es el problema de la concurrencia al dinero para que este concluya por quedar reducido á su verdadero papel, esto es, al de medio para facilitar los cambios.

Esto es un poco difícil pero se puede remediar en parte. Ya veremos cómo.

Antes de llegar á ese problema, vamos á examinar otro que os preocupa á algunos. Figúroos que cansados un día de las desigualdades sociales que hoy existen, armamos una revolución y asaltamos las casas de los ricos, de los capitalistas, de los privilegiados, como decís vosotros, para apoderarnos de su dinero y sus riquezas. Esto es un crimen, esto se llama en todas partes robar. Ya sé que muchos no lo creen así. Ya me ocuparé de ello. Esto costaría la vida á muchísimos de los que lo intentarían. Ellos morirían. Pero y sus hijos? ¿Quitarían los que sobrevivieran de repartir el botín con equidad? Bien sabéis que no.

Serían los más contribuyentes con su energía al crimen, serían los peor recompensados. ¿Y qué resultaría después? Que los que más robaran, tendrían más dinero; pero se acabarían los pobres por eso? No; y más adelante, dado ya el ejemplo, serían los nuevos ricos víctimas de igual atentado por parte de los pobres nuevos; y esta sociedad sería una gran asociación de ladrones y asesinos. Escuso añadir que con tal orden de cosas se acabaría el trabajo y la virtud y nuestro país concluiría por despojarle de toda persona inteligente y honrada y acabaría el progreso y la civilización.

No, no es este el medio de resolver la cuestión del pauperismo y del proletariado.

Hay que buscar un procedimiento en cuya virtud el que más trabaje más gane; el que sepa más, valga más; y el más honrado alcance mayor recompensa.

No hablemos de trabajar todos igual, porque esto es absurdo, es imposible, porque siempre habrá holgazanes, y habrá cabezas refractarias á toda educación, y musculaturas más desarrolladas que las otras, y trabajos menos fatigosos y más productivos que otros. Y sobre todo, y ya lo he dicho: no es fácil resolver ahora lo que por espacio de tantas generaciones no se ha podido resolver.

Hagamos lo posible y lo más seguro y de más duraderos resultados. No impidamos que haya ricos, que el ser rico no es un crimen. Procuremos serlo nosotros también. Y esa es vuestra pretensión.

Conviene advertir que en todos los tiempos y en todas las sociedades, no son los más felices los más ricos, sino los que tienen menos necesidades. La sordidez es ya media felicidad.

Los que se han hecho necesidades de ciertos vicios serían tan desgraciados privados de ellos, como muchos de vosotros sin artículos de primera necesidad. Alguno de vosotros enviará un cigarro habano que yo fume; y yo os enviaré la libertad de ir algún día á la se-

mana á respirar aire libre al campo y tenderme á la sombra de un árbol. Las necesidades son relativas. Muchos de vosotros ni aun podríais soportar el humo del tabaco. ¡Dichosos ellos! El día en que yo me viera privado del tabaco me moriría de tedio.

Alguno de vosotros no podría pasar sin una borra-chera siquiera el sábado; yo pasaría perfectamente la vida sin que se hubiera inventado la industria de Noé.

Para mayor asombro vuestro: yo, reducido al jornal mezquino con que se mantienen muchos jornaleros, no podría vivir: porque habitada mi familia á otra alimentación, á distinto método, no podrían resistir tantas privaciones; y sin embargo, yo las pasé en la infancia, y en una humilde aldea sufrí hambre, frío y desnudez, que hoy con más vigor al parecer, no soportaría. ¿En qué consiste? En lo que todos saben: en que la costumbre es una segunda naturaleza. Lo mismo os acontecía á todos.

No aspiréis por lo tanto á aumentar vuestras necesidades; y si queréis, sin pensarlo, á eso camina. Contentaos si procedeis honrada y lealmente á remediar las actuales. En esto estriba la solución del problema verdadero. En el os quiero ayudar.

Pero si lo que buscáis es subvertir el orden gerárquico existente, trocar la base y edificar sobre la cúspide... entonces... entonces no hay salvación para vosotros ni para nadie. Vendrá esa revolución que pedís, que preparais y en que esperais y la ruina de nuestra sociedad será un hecho. Yo no sé lo que vendrá después; pero sí, que los escorbos nos aplastarán y se edificará sobre nuestros huesos.

Sembramos vientos y recogeremos tempestades.

III.

Muchos de vosotros, los que os habeis puesto al frente del movimiento del proletariado y os habeis convertido en sus apóstoles, sabed desde hoy, estais llamados á ser de las primeras víctimas, aunque después os batifiquen como á mártires y predicadores.

Algunas veces, cuando vertéis un pensamiento que no satisface á la familia muchedumbre que forma parte de vuestro auditorio, os califican *sotto voce* muy duramente y os tienen por caballeretes ambiciosos que aspiráis á hacer escabel de vuestro encumbramiento futuro á los pobres á quienes dicen que tratáis de alucinar.

Cuando os oyen combatir á todos los partidos políticos militantes, suelen sospechar que tratáis de hacer prosélitos para otro partido nuevo; ¿el del cuartecito? no: el socialista, excorescencia anárquica del republicanismo doctrinario que aspira ya á ser partido de orden y de gobierno. Y hay hasta quien os acusa de servir de bastardos elementos á ambiciones extranjeras que se valen de vosotros para alarmar al país, sostener la intranquilidad, ahuyentar el capital, paralizar el trabajo, promover trastornos, arruinar la riqueza pública, aumentar la miseria, empobrecernos, envilecernos, desunirnos, debilitarnos y facilitar en la patria de tantos héroes la segunda parte de la germanidad francesa.

Os calumnian, es verdad; pero estais obligados á sin-ceraros ó correis grave riesgo.

Cuando de entre vosotros brota una de esas voces poco discretas que se rebelan contra Dios y le califican de mito, superstición ó vulgaridad, ó sublevais la conciencia de todos los creyentes que se ven heridos en la fibra más delicada.

Cuando hablas contra los partidos políticos os enagenais las simpatías de ellos y los provocais á que restrinjan vuestro derecho de asociación como peligrosos al orden.

Cuando acusáis á los ricos y los propietarios y los pedís parte de lo que consideran suyo legítimamente, y decís como Proudhon que la propiedad es un robo, hasta los más amigos vuestros se alarman é inquietan y esconden un fusil tras de la puerta para recibirlos como á bandidos. Creedme: la actitud en que os vais colocando condensa la masa de electricidad de que os hablaba el insensato aunque ilustrado joven Borrell, y precipitará la tempestad; pero aún no es su época y no estallará con buenos efectos, sino como una inmensa botella de Leiden, que se halla en vuestras manos y no la sabéis manejar. Si, sí: estais jugando con pólvora junto á una hoguera.

Alguna vez, más atinados y discretos pedís armonía entre el capital y el trabajo. Esto es ya pedir en razón; pero la impaciencia os ciega al momento, y desoís toda reflexión que no os ofrezca una solución instantánea, y os sublevais contra los que os hablan de calma y de tiempo, porque decís que os habeis cansado de esperar inútilmente.

De aquí es grito frecuente, sencilla fórmula del comunismo, de que es urgente echar por tierra el principio de autoridad, despojar de sus privilegios á los que os explotan, y repartir la propiedad de los holgazanes ricos, á los que son pobres y nada poseen y lo producen todo.

¡Horrible extravío! ¡Demodora teoría!

Si uno de vosotros inventa mañana un procedimiento, por ejemplo, para fabricar diamantes y se enriquece con el producto de su invento, ¿le considerareis como ladrón de la propiedad de los demás? Si uno de vosotros á fuerza de insomnios y desvelos, y de ahorros y de padmosas, ó reglas y herencias de los ahorros de sus padres, llega á poseer una casa y un campo con cuyo producto pueda descansar al fin tras largos años de trabajo, ¿le respetareis en el disfrute de su propiedad, ó quereis que la reparta con todos?

Forzoso es que deslindemos las doctrinas y las dejamos perfectamente asentadas si nos hemos de entender, si hemos de discutir de buena fe y hemos de buscar soluciones armónicas y de acuerdo común y mútua conveniencia.

¿Qué es lo que quereis?

¿Que despojemos á los ricos?

¿Que se abran informaciones para depurar quiénes poseen legítimamente y con justicia?

¿Cuál es vuestra justicia? Sepámoslo ante todo.

¿Quereis que los ricos sean pobres y los pobres ricos?

¿Quereis que se dé trabajo al que no lo tenga?

¿Quién lo ha de dar? ¿El Estado? ¿La sociedad?

¿Quereis que los ricos y privilegiados repartan con vosotros su fortuna?

¿Quereis que todos trabajemos en común y que el provecho sea común á todos?

Por mi parte me allanaría á este sistema, porque trabajo mucho y disfruto mucho menos que vosotros; y conozco á muchos pobres de levita que se unirán á mí.

Sepamos de un modo concreto y terminante lo que pedís; y puesto que hais, al parecer, de la política, yo, que también tengo cierta prevención contra los políticos de profesión, trataré de combatir la política de los partidos exclusivistas que es lo que vosotros deseais, por lo que he comprendido, y haremos una política nueva, la política de los verdaderos trabajadores, no de las ardidillas; de los productores, no de los parásitos. En esto estaremos de seguro conformes, porque esto lo quieren muchos y esto es lo que á todos conviene. Pero ya que no quereis política, no os metais en asuntos religiosos tampoco: no asustéis á los timoratos: atraed, no repuléis. Dejad que se unan con nosotros los que creen en Dios como los que defienden la república ó la monarquía. Hablemos en paz y como hermanos cualesquiera que sean vuestras respectivas ideas políticas y las creencias religiosas. Lo que vosotros quereis respecto de aquellas, no puede ser inconveniente respecto de estas. Sed tolerantes: buscad la unión y la armonía. No

habeis contra el fanatismo de los creyentes y deis en el fanatismo opuesto.

IV.

Después de lo que dejó sentado, voy á pasar al terreno árido de las soluciones prácticas.

Empleo por proponeros un sistema de procedimientos.

En vez de gastar estérilmente muchas horas en discusiones vagas y abstractas, pedid á todos los que padecen del mal que lamentais, que os presenten por escrito, bien ó mal redactada, una explicación de sus necesidades y los medios que les ocurran para remediarlas. Recoged todos esos datos, estudiadlos en pequeñas comisiones, redactad informes, consultadlos y discutidlos, sin separaros de su fondo, y por lo menos no se extravíen tanto las discusiones y aprovecharéis más el tiempo, que el tiempo es dinero.

En tanto, y paso ya á la cuestión de soluciones prácticas, aprovechad bien los medios únicos que la ciencia y la experiencia acreditan como recursos eficaces de riqueza: trabajo y ahorro: economía y acumulación de capital. Sólo así se ha emancipado siempre el trabajador, sólo así podrá emanciparse siempre.

Díran que eso es poco eficaz y tardío.

Yo os diré que así como el ignorante no puede hacerse sabio sino con el estudio y el tiempo, tampoco el pobre puede hacerse rico, sino por ese camino ó por el del robo.

Ahorrad á todo trance y asociad. La unión constituye la fuerza: la unión de pequeños sumandos constituyen cuantiosas sumas.

Voy á presentaros dos procedimientos prácticos que casi todos conocéis, que sólo expongo con recuerdo á los unos, para que los estudien los que no los conocen.

Supongamos que se reúnen diez peones de albañil, ó diez picapedreros, diez albañiles, diez zapateros, diez sastres de portal, diez barrenderos y otros cincuenta de diversas ocupaciones ó oficios, que ganen á 6 rs. de jornal y que deduciendo 65 días entre fiestas y huelgas resulten á poco más de 5 rs. y medio diarios.

Cada uno ahorra tres reales y medio al mes, 43 pesos por ejemplo al año, y entre los 100 asociados reúnen 215 duros el primer año, comprando papel que valga por ejemplo al 30. El segundo año se hace la misma operación, y al tercero y al cuarto, añadiendo al capital la renta, que es lo que se llama á interés compuesto. Pues bien, el resultado será el siguiente:

	CAPITAL	INTERÉS.
Año 1.º	215 duros.	21 idem.
» 2.º	456 »	45 »
» 3.º	804 »	80 »
» 4.º	1111 »	111 »
» 5.º	1440 »	140 »
» 6.º	1799 »	179 »
» 7.º	2193 »	219 »
» 8.º	2636 »	263 »
» 9.º	3155 »	315 »
» 10.º	3635 »	363 »

A los diez años el capital de 215 duros se ha elevado á 3.635 que corresponden á 36 duros y medio por cada asociado que ahorró 43 rs. al año, ó sean 21 1/2 en los diez años. Es decir, que el interés ha subido á un 176 1/2 por 100 en el decenio, ó sea un 17 anual.

Este ejemplo servirá también para demostrar cómo pueden enriquecerse los usuarios que prestan á crecido interés. Ahora bien: si en vez de el ahorro de un cuarto diario, se ahorran dos, la ganancia será naturalmente doble; y con ahorrar medio real en vez de un cuarto, los 36 duros y medio serán, si no me equivoco, muy cerca de 3 500 rs.

Veamos ahora lo que significa este ahorro.

Este ahorro significa: Primero, la renta que se obtiene del papel del Estado. Segundo, el poder suprimir el ahorro al llegar á cierto tiempo.

De modo que si se ahorra medio real diario, ó sean 172 al año, se tendrán estos 172 y otros 332 de renta, ó sea un aumento de más de 500 rs. al año.

¿Y sabéis lo que significan 500 rs. de renta segura para un jornalero que sólo gana seis reales diarios descontadas las fiestas? Pues significa poder estar sin trabajar cerca de tres meses y hacerse el necesario en ningún caso, é imponer la ley al propietario que necesita braceros; y cuando no, significa poder gastar real y medio más diariamente en la alimentación; ó significa poder dar educación á los hijos para que lleguen á ser instructos y honrados y trabajadores; y quizá propietarios y quizá diputados y quizá ministros, y honrados sobre todo, que vale más, para que con una posición desahogada puedan pagar á sus padres tanto sacrificio, proporcionándoles una vejez menos triste, más descansada. Todo esto significa el ahorro: la felicidad de los hijos y el descanso de la ancianidad.

Ya veis qué distinto cuadro os presento yo del que os dibujaba un orador de La Internacional que suponía poco menos que inevitable y fatal la prostitución de las esposas é hijas de los obreros, y no se cómo no añadió que los hijos todos morían en el patíbulo. La verdad es que no debéis mostraros muy lisonjados de sus calumniosas hipótesis.

de uno de sus miembros más distinguidos y con-
secuentes.

Esto nos trae a la memoria la manera extraña
con que el Sr. Martos, ministro de Estado, cum-
plimentó un acuerdo del Consejo de ministros, res-
pecto al Sr. Llano y Pertierra y demás compañeros de
la me a de las Cortes, lo que motivó que dichos
señores devolvieran con el mayor desden la con-
decoración que se les enviaba con una tarjeta.

Herir susceptibilidades de personas tan dignas
y meritorias, no es lo que puede conservar buenos
amigos a ese partido, cuyas deferencias parecen
cifrase sólo en los que se hacen temer, y no en
los más leales y más meritorios.

El correo de las Antillas de hoy nos da noticias
detalladas sobre la gran recepción, casi debemos
llamarla ovación, que ha merecido en la Habana a
su llegada del Sr. D. Manuel Calvo.

Todos los que aquí lo hayan conocido, todos los
que tengan noticia de sus patrióticos esfuerzos por
allegar recursos con que defender a Cuba en el pe-
riodo de más peligro para nuestra dominación, re-
conocerán sus altos merecimientos, y no extraña-
rán las muestras de gratitud que ha recibido de la
Habana entera.

Desde aquí lo felicitamos complaciéndonos en
esas muestras de reconocimiento de todo un pue-
blo, que nunca habrán sido más legítimas ni me-
recidas.

En el Sr. Calvo ve allí todo el mundo al gran
español, al gran patriota que ha sabido hacer sa-
crificios de todo género, para desbaratar los pla-
nes de nuestros enemigos en el foco donde con
más perfidia y esperanza de éxito trabajaban, y
donde con más perseverancia desplegaron los re-
cursos de su astucia.

Unimos por tanto nuestra voz a la de toda la
prensa de Cuba, sobre todo conándonos mejor
que a nadie, que todos esos elogios son justamente
conquistados.

El Sr. Suarez Argudin, opulento propietario de
Cuba, ha obsequiado ayer con un banquete a los
señores ministro de Ultramar, Romero Robledo
y algunos otros personajes distinguidos de esta
corte.

Las últimas noticias de Marsella presentan a
aquella población tranquila, y, según dicen, a
punto de que el alcalde tome el mando de la guar-
dia nacional.

Dicen de Londres que es probable que Blanqui
sea elegido presidente del ayuntamiento revolu-
cionario de París.

El día 30 apareció el *Diario oficial* de París con
el título de «Diario oficial del municipio de París.
Año primero, número primero.»

El municipio ha expedido un decreto perdonan-
do el pago de alquileres a todos los inquilinos de
París desde 1.º de Agosto hasta fin de Mayo, y se
cree que resolverá también la cuestión de veneci-
mientos de los valores de comercio anulando todos
los billetes.

También ha anunciado el municipio que va a
reorganizarse la guardia nacional eliminando de
ella a los hombres de malos antecedentes.

Dicen de Burdeos que en París están cerradas
todas las administraciones de correos así como las
ambulancias.

Es muy difícil ir de París a Versalles.

Un telegrama de Londres del día 1.º anuncia
que se han cerrado todas las puertas de la parte
occidental de París, porque corría el rumor de que
las tropas del gobierno de la Asamblea han ocu-
pado a Neuilly y Saint-Cloud.

Otro de Burdeos del día 2 dice que se han
cerrado todas las puertas de París de orden del co-
mité central y que se ha interrumpido el ferro-car-
ril entre Versalles y París.

Reina el disgusto en la capital por haberse sus-
pendido el servicio de correos e interrumpido las
comunicaciones. Los víveres disminuyen conside-
rablemente en París.

El comité ha hecho derribar las barricadas de la
plaza de Vendôme, las cuales ha reemplazado por
un reducho, cuyo centro es la misma plaza.

Por el ministerio de Fomento se publica en la
Gaceta de hoy el siguiente decreto:

«Artículo 1.º Desde 1.º de Julio del corriente año re-
girá definitivamente en las dependencias del Estado y
de la administración provincial y municipal en todos
los ramos, así como para los particulares, estableci-
mientos y corporaciones en la Península e islas adya-
centes, el sistema métrico decimal y su nomenclatura
científica mandado observar por la ley de 19 de Julio
de 1849, y reglamento para su ejecución aprobado por real
decreto de 28 de Mayo de 1868.

Art. 2.º Por los ministerios respectivos se adoptarán
las disposiciones convenientes para que el planteamen-
to del indicado sistema pueda realizarse en la época
preñada en el artículo anterior.»

Anuncian de Manresa que al amanecer del día
27, vagando por las inmediaciones de Callús una
partida de cinco hombres sospechosos, se levantó
el somaten del referido pueblo, y en unión con el
de San Martí de Torruella, Sampedor y el de algu-
na otra localidad practicóse una batida cuyo re-
sultado fué la captura de dos individuos que al
verse perseguidos arrojaron dos machetes de los
que usan los soldados de ingenieros.

Veintinueve son los diputados provinciales que
el partido republicano ha conseguido elegir en la
provincia de Barcelona.

Segun un corresponsal del *Diario de Barcelo-
na*, los que escitan al Sr. Topete en contra del du-
que de Montpensier, consiguen su objeto hasta
ahora, pues el iniciador de la insurrección de la
marina muéstrase muy decidido a combatir en las
Cortes el acta de San Fernando, cosa que no duele
en manera alguna al gobierno, a quien no pesaría
por cierto que las Cortes desaprobaran dicha acta,
para que desprovisto D. Antonio de Orleans del
carácter de diputado, sea más fácil tomar respecto
a él una determinación que concluya con sus aspi-
raciones.

Los pasajeros del vapor *Castilla*, recién llegado
de la Habana, han dado las gracias a su capitán
D. Pedro Pages, por su buen comportamiento, en
un comunicado que publica el *Diario de Barcelo-
na*.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre
la interesantísima carta de Sainte Etienne, que
publicamos en otro lugar, y que nos da tristísimas
noticias, aún ignoradas del público, sobre el fusi-
lamiento por los demagogos del desgraciado pre-
fecto de aquella ciudad.

Un periódico que se titula el *Volante de Madrid*
se permite ayer calificar a *LA INTEGRIDAD NACIONAL*
de periódico negro. Nosotros que no nos permi-
timos nunca llamar filibusteros ni enemigos de
España a los que lo son, protestamos con todas
nuestras fuerzas de una calificación que no sólo
nos parece depresiva sino injusta, pues nuestra
historia, nuestros antecedentes y la actitud que
hoy mismo tenemos en la prensa, responden por
nosotros. ¿A que ninguno de esos periodistas, que
quieren hacer de la esclavitud en las Antillas una
cuestión eminentemente política y social, atropel-
lando todos los intereses que entraña, ha trabaja-
do tanto como nosotros para abolirla por los me-
dios racionales que el derecho y la razón aconse-
jan? ¿A que ninguno está tan dispuesto como nos-
otros a realizar hoy mismo esa deseada reforma?

Un periódico norte-americano, que por lo visto
sabe tratar en el lenguaje de la prensa digna los
asuntos que lo merecen, hace propósito del dis-
curso que pronunció Mr. Sickles en el *meeting* de
la sociedad abolicionista de Madrid, en que ofreció
sus muletas como armas de combate a sus enemi-
gos, las siguientes oportunísimas observaciones:
«Respecto al reciente discurso de Daniel Sickles en
Madrid querrá el presidente Grant decir al país cual
es el estado actual de las instrucciones del departa-
mento de Estado a todos nuestros ministros en el ex-
tranjero, previniéndoles que eviten en lo posible los dis-
cursos públicos en los países cerca de los cuales están acen-
didos, y que si se ven forzados a hablar, se limiten
estrictamente a asuntos puramente sociales, sin entrar
en los de interés político que puedan producir irritación.
¿Permitiría Mr. Fish a Sir Edward Thornton que se di-
rigiera al pueblo de la Carolina del Norte, para conde-
nar la reciente ley de elecciones por medio de las bayo-
netas? ¿Consentiría a M. de Catezac que arengase al
pueblo desde los balcones del Club de la Liga Unionista,
oponiéndose a la adquisición de Santo Domingo? ¿Toler-
aría que M. Blaquey Bey, desde las ventanas de su
casa en Washington, criticara la resistencia del secre-
tario Boutwell a la anulación del impuesto sobre las
rentas?»

Nuestros lectores dudarán, como nosotros, de
que un periódico que tan dignamente trata una ele-
vada cuestión internacional, sea el mismo *World*,
que en otro número se ocupa de Mr. Sickles en un
lenguaje que no se usa entre personas decentes.

En los periódicos de Cuba llegados hoy por el
correo hallamos la siguiente relación de un hecho
de armas glorioso para nuestra causa:

«El día 20 fué atacada la torre de Colon, que gene-
ralmente se conoce por la de Pinto; su guarnición se
compone de 25 hombres, mandados por el alférez D. Ce-
sáreo Sánchez que, en la tarde anterior observó algu-
nos grupos de gente en sus alrededores, (la manigua
que empieza a los 200 metros de la torre). Esta circun-
stancia le hizo sospechar algo y redoblar la vigilancia.
A cierta hora de la noche, el centinela de la torre hizo
un disparo, porque había oído ruido muy cerca; y no
iba mal fundado, porque los insurrectos estaban distri-
buyéndose para dar el ataque. En el resto de la noche
no ocurrió otro incidente; pero al romper el día, el en-
emigo atacó la torre, formando tres líneas de fuegos:
una de negros en la misma escadada, destruyéndola;
a retaguardia otra de blancos y mulatos, y detrás la ge-
nte montada, haciendo todos fuegos en esa disposición.
Todos estaban armados; pero además los negros tenían
la misión de llevar faginas, perfectamente construidas,
con las que rellenaban el foso, y después arrojaban
otras, construidas expresamente y encendidas dentro
del reducho.

La primera descarga la sufrió el centinela, que es-
ta en lo más alto de la torre y que quedó herido, sin
poder bajar por lo nutrido del fuego que hacían los
insurrectos: tomó entonces el partido de acostarse; pe-
ro como las tablas de la torre son tan endebles, y el
enemigo hacia fuego a tan corta distancia, las balas
pasaban la torre de un lado a otro y el infeliz centinela
recibió acostado algunos balazos más y es el que peor
está de todos los heridos.

Como quiera que el alférez Sánchez estaba receloso
con lo visto el día anterior, tomó aquella noche dispo-
siciones con su tropa; así que, cuando se oyó la prime-
ra descarga, todos estaban ya en su puesto. Al prin-
cipio del ataque, la mayor parte de los soldados se ha-
laban en el segundo cuerpo de la torre; pero pronto tu-
vieron que abandonarlo y bajar al primero, pues las
balas atravesaban las tablas, causando bajas de consi-
deración. El alférez Sánchez recibió una en la espalda
de una pierna; pero no desmayó por eso; siguió, por el
contrario, multiplicándose.

El ataque continuaba con furor por parte del enemi-
go: el sargento Garabito tenía ya algunos balazos; el
cabo Suarez había recibido en la frente uno que lo dejó
muerto en el acto; el otro cabo que era de los reempla-
zos últimamente llegados, recibió uno en un ojo y tam-
bién quedó muerto instantáneamente, y el tercer cabo
cayó igualmente herido y está muy grave en el hospi-
tal; por manera que estaban muertos 6 heridos todos
los que tenían carácter de mando, habiendo además dos
soldados muertos, 13 heridos de gravedad y tres leve-
mente que siguieron batidos.

Hora y media de duración tenía ya el fuego del en-
emigo, siempre intenso, y al cual sólo contestaban es-
tos carabinas y muy pausadamente, pues las que no es-
taban abrasando se resistían a la introducción de la
bala. Gracias que los diez y ocho valientes que queda-
ban, reemplazaban sus armas con las de los muertos y
de los gravemente heridos y así pudieron prolongar un
poco más la defensa.

Ya el alférez Sánchez no podía tenerse en pie y se
acostó detrás de la puerta con una hacha en la mano,
no sólo para morir allí defendiendo la entrada, sino pa-
ra cerrarla, pues siempre que esta recibía un balazo se
abría, y el heroico alférez quería ocultar a todo trazo
al enemigo el estado de la fuerza de su mando, preau-
ción muy acertada, así como la que adoptó al principio
del ataque con los primeros heridos, a quienes recomen-
dó no diesen gritos de dolor, a fin de que el enemi-
go no se enterase de las bajas.

Los defensores que quedaban en pie agotaron sus
municiones; ya se habían agotado también las dos cajas
de reserva, y como último recurso sacaron las que
tenían todavía en sus cartucheras los muertos y los heri-
dos, que no eran muchas. En esto se presentó un jefe
del enemigo que llevaba seis estrellas en un hombro,

pegando a los de la primera fila y diciéndoles que en-
trasen, que sólo había veinte hombres en la torre; pero
ese cabecilla dejó de existir a los pocos segundos. Des-
pués se presentó otro que mandó a su gente que se re-
tirase.

La escasa guarnición respiró, pues ya sólo daban fue-
gos tres carabinas, y hubiera bastado un pequeño es-
fuerzo del enemigo para apoderarse de la ya destruida
torre. Uno de los negros llegó a subir al parapeto; pero
de un bayonetazo fué derribado muerto en el foso.
Nuestros soldados lanzaban afuera con sus bayonetas
las faginas que los enemigos arrojaban encendidas. Los
que traían escaleras, martillos y otros útiles de asalto
los dejaron en la escadada; otros se aproximaban al re-
ducto, protegidos por faginas, y acercaban sus armas a
las aspilleras para hacer fuego.

Causó indudablemente la retirada de los insurrectos
el gran número de bajas que estos debieron tener, pues
lo que animaba a nuestros soldados era el ver que a
cada disparo caía un enemigo. La partida rebelde se
hallaba tan cerca que casi no era posible dejar de apro-
vechar todas las balas. Los rebeldes gritaban a nues-
tros valientes que se rindiesen, porque Cuba sería libre
antes de seis meses, y los seis u ocho que quedaban sa-
nos les contestaban que «muertos ante que vencidos.»

Retirándose los rebeldes, cargando cada ginele con un
muerto o un herido. Esto se sabe por una mujer que se
llevaron a la abandonaron al cuarto de hora por no ha-
ber caballo en que conducirla, y que volvió a la torre.
Ella también vió al jefe de los seis estrellas: lo llevaba
atravesado en un caballo un insurrecto que murmuraba:
«¿Quién te lo había de decir? pero no sabemos
quien pueda ser ese personaje.»

La fuerza rebelde que atacó la torre parece que con-
staba de unos 500 hombres de las partidas de Madriales
Espinoza, Mendoza y Agramonte, y sin duda quiso dar
este golpe a tres o cuatro leguas de Puerto-Príncipe
para levantar el espíritu tan decaído de su miserable
causa; pero caro le ha costado, pues atendido el tiempo
que duró el ataque y las municiones que por una y otra
parte se consumieron, (las que el enemigo dejó vacías en
el suelo podían recogerse por las espaldas, según ex-
presión de Carrió y otro que después fueron al sitio de
la acción) y la proximidad de los contendientes, deben
haber tenido los enemigos unas 200 bajas por lo menos,
si se atiende también a las que tuvieron los defensores
de la torre que estaban más a cubierto.

En una sola carta no es posible decir todas las pri-
picias de este gran hecho de armas; pero no puedo me-
nos de referir la hazaña que llevó a cabo uno de estos
héroes, que fué el corneta. En vista de tanto hombre
derramando sangre y de la que caía por el techo del
primer piso abanlonado, el alférez Sánchez mandó a su
asistente que montase a caballo y fuese a la primera
torre, que guarnecía San Quintín. Pero a poco trecho
del reducho vió gente todavía por los alrededores, se
metió en la manigua, ató el caballo y se volvió diciendo
al alférez lo que había visto. En seguida el asistente
manifestó a su jefe que iría hasta Puerto-Príncipe para
dar la noticia: «¿Anda, le contestó que Dios te ampa-
re!» El asistente le mostró el sitio donde estaba atado
el caballo, poco después montó en él, atravesó el cami-
no a escape, se metió por el monte a pesar de la gente
que veía y llegó a todo correr y con felicidad al punto
de su destino. Creo que en el tránsito recurrió alguna
que otra vez a fingir señas, como si se entendiese con
flanqueos, para hacer creer que se acercaba alguna co-
luna.

Inmediatamente salió fuerza de caballería, y poco
después emprendieron la marcha dos compañías de in-
genieros y la contraguardia de Carrió. Este a su re-
greso, que fué al día siguiente, se desahó en elogios
por la defensa que hizo de la torre ese puñado de va-
lientes de Chicleña. Todos aquí nos ennoblecemos de su
heroica conducta.

Véanse los nombres de los valientes militares y pa-
isanos que defendieron la torre óptica de Colon: Milita-
res.—Alférez D. Cesáreo Sánchez, sargento 2.º D. Ga-
rabitto Fernandez, cabo 2.º D. José Brias Biscari; Solda-
dos: Rafael Ariza Castellano; Manuel Sola Galera, Juan
Vila Piñero, Pedro Puig y Domenech, José Gual Abil,
Joaquín Izquierdo Villanueva, Andrés Rodríguez Cha-
miz, Juan Lopez Sanchez y Eugenio del Valle Rico.—
Todos estos fueron heridos, los siguientes salieron
contusos: corneta, Máximo Garrido Andreu; soldados:
Juan Capell Morales, Miguel Tirado Casado, Angel
García Rodríguez, Luis Ventura Vel, Alvaro Ceballos
Blanes, Juan Murgui Murgui, José Lopez Cabello, Gre-
gorio Ochoa Targa, José Rodríguez Moreno y Pedro Ri-
dado Martínez.—Muertos: cabo 1.º José Suarez de la
Cruz, cabo 2.º Lino Herrero Herranz; soldados Clemen-
te Puig Casadesus y Mateo Vilella Llozas. Además, en
unión de los referidos militares defendieron la torre los
paisanos presentados del campo insurrecto D. Carlos
Junco, D. José Martínez Quesada y D. Pedro Esquivel.

El centro directivo de los diputados tradiciona-
listas lo compondrán por ahora, hasta que otra
cosa disponga D. Carlos, el diputado más anciano
y los dos más jóvenes del partido.

Los senadores elegidos por la provincia de Búr-
gos, segun telegramas hoy recibidos, son los se-
ñores Alvarez (D. Cirilo), general Alaminos, con-
de de Encinas y Diez (D. Eugenio).

Ayer estuvo la reina en la calle de la Paloma y
visitó el templo de Nuestra Señora de la Soledad,
vulgo la Virgen de la Paloma.

No puede quedar la menor duda, dice *La Cor-
respondencia*, de que el Sr. Olózaga será el candi-
dato del gobierno para la presidencia del Con-
greso.

Hé aquí la lista de los pasajeros que conduce el
vapor-correo A. Lopez en su viaje de la Habana al
puerto de Cádiz:

«Señores don Bonifacio Gutierrez, Federico Adriá,
Adolfo Sanchez, Juan Diaz, Martín Casuso, Constán-
tino Villar, Joaquín Ruiz, Pedro Jaxá, señora y cuñada,
Manuel de Ojeda, Manuel Posada, Bernardo Lopez y se-
ñora, Pascual Cervera, Manuel Ginart, Benito Lopez,
Félix Hernandez, señora y cuatro hijos, Manuel Allá,
Miguel Cañas, Enrique Lara, José Campardon, Rafael
Gallo y señora, Juan Gonzalez, Dionisio Sola, Camilo
Arana, Ciriaço Patero, Gabriel Calvo, Luis Oliva, Ra-
mon Garcia, José de la Puente, Adolfo Freixas, Ara-
do Bian, Bernabé Cueto, José Pumarino, Manuel Fer-
nandez, José Oliver, Margarita Genar, Juan Gonzalez,
Domingo Amador, Francisco Menendez y señora, Lu-
cas Hernandez, Faustino Benito, Manuel García, Domingo
Uribe, José Isun, Agustín Machao, M. Gutiérrez y se-
ñora, Pedro Canals, Carmen Diaz y tres hijos, Balbina
Valverde, Francisco Arrechea, M. Borovia, Juan Pals,
Elioso Delfillo, Valentín Otero.

Un decreto expedido por el ministerio de Fo-
mento establece las disposiciones siguientes:

Primero. Que el plazo concedido a los bachilleres en
las facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias por el
artículo 4.º de la ley de 7 de Mayo de 1870 para hacer
oposiciones a cátedras de Institutos se entienda que es

de un año, a contar desde la promulgación de la misma
verificada en 10 de dicho mes.

Segundo. Que en consecuencia de la aclaración pre-
cedente, sean admitidos los bachilleres que lo soliciten
a las oposiciones para cátedras de Institutos anunciadas
en lo que va del presente año y en las que se anuncien
hasta el 9 del mes de Mayo próximo venidero, quedando
sujetos a la condición que se determina en el artícu-
lo 4.º de la mencionada ley.

Tercero. Que los catedráticos de Institutos no ne-
cesitan el título de licenciado para optar por concurso a
las traslaciones de que trata el tit. 4.º del reglamento
de 15 de Enero del año próximo pasado.

Cuarto. Que como consecuencia de la precedente
aclaración, se concedan 10 días de próroga, a contar
desde la publicación de esta orden en la *Gaceta*, para
que los catedráticos de institutos que sólo sean bachi-
lleres puedan presentarse a los concursos para las tras-
laciones anunciadas a consecuencia de la real orden de
14 de Enero de este año.

Y quinto. Que se publique esta orden en la *Gaceta*
para que llegue a conocimiento de las personas a quie-
nes pueda interesar lo que en ella se dispone.

Un decreto expedido por el ministerio de la
Guerra dispone que en todos los cuerpos e institu-
tos del ejército que actualmente usan en el pan-
talon y sombrero el galon de oro ó de plata flor-
delisado se sustituya con el de iguales metales de
dibujo angulado, y alternando en ellos respectiva-
mente un león y un castillo en la forma y dimen-
siones que expresa el modelo adjunto.

En *La Correspondencia de España* leemos lo
siguiente:

«Ayer presidió el Sr. Nocedal la junta particular que
celebraron los diputados carlistas, habiendo dado ex-
plicaciones en que *El Imparcial* ha visto la declaración
terminante del Sr. Nocedal de ser carlista, y de las que
sólo hemos oído que dejaron satisfecho a los diputados
presentes. El Sr. Nocedal ha sido reconocido por jefe
de estos, previa siempre la aprobación de la persona
colocada a la cabeza del partido.»

Cunde en París el deseo de copiar ó parodiar los
sucesos del 93. Hace tres ó cuatro días cuando se
estaba diciendo misa en la iglesia de San Eusta-
quio, entró en el templo un grupo de hombres
dando vivas a la diosa razón.

¡Pobres locos!

REVISTA MERCANTIL.

Habana 15 de Marzo de 1871.

Exportación.—Azúcares.—Purgado.—Lo sostenido de
los precios ha retraído bastante a los compradores en
los primeros días; pero este mercado ha cerrado en fin
de la anterior semana con alguna animación, a pesar
de lo sostenido de los precios, pagándose a 10 1/2 rs. el
n.º 12. Cotizamos:

Blancos.—Inferior a regular, 12 a 13 rs. arroba.—Bueno
a superior, 13 1/2 a 14 1/2 rs. arroba.—Superior y flo-
rete, 14 3/4 a 15 1/2 rs. arroba.

Quebrados.—Inf. a regular, n.º 12 a 14, 10 1/2 a 11
reales arroba. Bueno, n.º 15 a 16, 11 1/4 a 11 1/2 re-
ales arroba. Superior, n.º 17 a 18, 11 3/4 a 12 rs. ar-
roba.

Cucuruchos.—Inf. a regular, n.º 7 a 9, 8 1/2 a 9 1/2
reales arroba. Bueno a superior, n.º 10 a 11, 9 3/4 a
10 rs. arroba.

El n.º 12 a 10 1/2 rs. arroba con el cambio sobre
Londres a 18 0/0 p., equivale al precio de 29 3/8 quin-
tal libre a bordo, exclusivo de flete.

Centrifugas. 10 rs. n.º 12.
Azúcar de miel. n.º 10, a 7 3/8 rs. arroba.

Concentrado, a 5 rs. arroba.
Mascabado, de 7 1/2 a 9 3/4 rs. arroba segun clase.

Agte. de caña, a pifa. 35 pipa, casco de castano, 43
idem robe y 80 rofeno.

Cera, de 8 1/2 a 9 1/2 arroba la amarilla y de 12 a 13
la blanca.

Café, de pifs. 14 1/2 a 15 1/2. Puerto-Rico de 13 a 14
regular, y de 10 a 12 bajo.

Mieles, de 5 a 5 1/4 rs. barril la de purga y de 5 1/2 a
6 la de mascabado.

Miel de abejas, a 6 rs. galon.

IMPORTACION.

Calma en este mercado en general, y animación sólo
en algunos artículos. Cotizamos:

Arroz India, de 11 1/2 a 12 1/2 rs. arroba el de Siam
y de 11 a 12 en canillas.

Idem de Valencia, de 11 a 13 arroba s. c.

Acete de olivo, a 29 rs. arroba. Idem reino de pesos
fuertes 3 a 4 1/2 caja s. procedencia.

Idem de almendras, de 12 a 13 rs. lata.

Acetunas, de 7 a 9 cañete.

Aguardiente de islas, de pifs. 7 a 7 1/2 garrafon.

Idem de uvas, de 15 a 16 rs. garrafon.

Alcaparras, de 10 a 12 rs. caja.

Atun, de 15 a 16 barril.

MERCADO MONETARIO.

Descuento.—Queda sin variación, continúan los ti-
pos, cotizándose de 7 a 8 por 100 anual en los bancos.

Oro.—Ha estado bastante flojo entre 3 y 3 3/4 por
100 p., cerrando a estos tipos.

Acciones.—Con poca demanda: los últimos precios
son: Banco Español, al 24 por 100 p.; ex-dividendo: de
la compañía de almacenes de Regia y Banco del Comer-
cio a 55 por 100 D.; del ferro-carri de Cárdenas y Jü-
caro, a 10 por 100 p.; idem del Oeste, a 90 por 100 D.;
Banco Industrial a 14 por 100 p.; Ferro-carri de la ba-
hía, a 92 por 100 D.; Compañía española del Gas a 12
por 100 D.; Ferro-carri de Sagua, a 21 por 100 D.

Cambios. Cotizamos:

Londres, 1871, 16 3/4 a 17 por 100 p.; 1870, 11 1/2
papel.

Francia, 1871, nominal; 1870, 1 1/2 D.

Hamburgo, 1871, nominal; 1870, 43 3/4.

España, 1871, 7 a 7 1/2 por 100 p.; 1870, 2 1/2 p.

Estados Unidos, 60 dqs; 1871, 6 a 6 1/2 por 100 dife-
riente; 1870, 10 D.

Idem, qvs, 1871, 4 a 4 1/2 por 100 D.; 1870, 8 D.

Idem oro 60 dqs, 1871, 4 3/4 a 5 por 100 p.; 1870, 8
papel.

Idem, id., qvs, 1871, 6 a 6 1/4 por 100 p.; 1870, 2 3/4
papel.

CÓRTESES.

SENADO.

PRESENCIA DEL SEÑOR ESPAÑA.

Sesion preparatoria de ayer 2 de abril de 1871.

Fué abierta a las dos y media de la tarde.

El mayor del Senado leyó la lista de los señores se-
nadores que han presentado el acta y la de los presen-
tes en Madrid.

Acto continuo ocupó la presidencia el Sr. Calatrava,

como de más edad, y las sillas de secretarios los Señores
Silvela y Groisart como de menor edad.

Se acordó que la mesa designase la comisión que ha-
ya de recibir al rey en el acto de la apertura, y nombraron
a los Sres. Lasala, Santa Cruz, Cantalapiedra, duque de
Hornachuelos, García (D. Diego), Pascual y Genis, Pi-
gueroles, Jovellar, Acha, Castro, Gomez de la Serna y
Auriolas, y suplentes los Sres. Gándara, Santonja, Era-
so, Carrillo, Madrazo y Amado. Levantándose acto con-
tinuo la sesión.

